

Creías conocerlo: **te equivocabas mortalmente**



RIPPER

DESTRIPADOR

STEFAN PETRUCHA

everest

DESTRIPIADOR

STEFAN PETRUCHA



everest

Para Shelby, por mirar con su mirada.

1

23 de mayo de 1895

Biblioteca Lenox

—Voy a enseñarle un secreto.

La seguridad en sí mismo de aquel desconocido resultaba muy del agrado de Elizabeth B. Rowley, que frecuentaba a jóvenes medio calvos y con aspecto de morsa, más patosos que los monos del zoo de Central Park. Este era distinto, era... *lobuno*. Le había encantado su forma de apartarla del tedioso rebaño. Mientras los caballeros con pañuelos de seda y las damas con vestidos y sombreros aparatosos se apiñaban en el vestíbulo principal de alto techo, ellos dos estaban entre estanterías abarrotadas de libros que atesoraban quién sabía qué secretos.

—¿No nos echarán de menos? —preguntó ella—. No querría hacerles un feo.

El desconocido le dedicó una sonrisa.

—Tiene usted razón, no me deje llevarla por el mal camino. Seguro que la fiesta es mucho más interesante.

Más allá de las estanterías, Astors, Guggenheims, Rockefellers y otros miembros de familias de renombre hablaban de esto y de aquello. Del negocio de la cultura; del tiempo de mayo; del nuevo Comisionado de la Policía de

Nueva York, un tal Theodore Roosevelt, como si fuese a cambiar algo en un cuerpo tan corrupto que apenas se diferenciaba de las bandas callejeras.

—¿Dónde está ese secreto suyo? Me gustaría pensar que cerca, ¿señor...?

—Nada más bajar las escaleras. Aunque habrá poca luz, me temo.

—En tal caso tendré que confiar en usted para que me guíe —dijo ella, deslizándole la mano por la parte interior del codo y sorprendiéndose al palpar la dureza de sus músculos. Encima era alto.

Él la alejó aún más de la aburrida multitud, adentrándola por pasillos llenos de estantes, hasta llegar a una vieja puerta que se bamboleaba con tristeza sobre sus goznes. Tras ella descendía una escalera empinada que, pese a recibir la luz de una bombilla desnuda, se perdía en las tinieblas.

El hombre bajó por delante. La joven siguió agarrada a su brazo hasta que llegaron a la negrura, donde él la abandonó a su suerte. Ella se las apañó para bajar sola los dos últimos peldaños. Al pie de la escalera presintió más que vio que se encontraban en una gran estancia con fuerte olor a libros.

—No hubo suficiente dinero para electrificar todo el edificio —dijo una voz incorpórea.

—Qué pena —contestó ella. Por fin distinguió la silueta del desconocido y no la perdió de vista mientras él giraba la válvula de un vetusto aplique de gas. Al tiempo que el fluido salía con un suave siseo, el hombre rebuscaba en sus bolsillos.

—No para mí. Siempre he aborrecido las bombillas del señor Edison: demasiado crudas —dijo extrayendo un fósforo. Al rascarlo contra la pared enlucida, creó una chispa, zarcillos de humo y por fin una flor pequeña y cálida. Cuando la acercó al aplique, una llama dorada titiló en la boquilla—. Esto es mucho más agradable.

La luz reveló filas de estanterías como tumbas que parecían extenderse hasta el infinito; cuando bailó, las sombras

oscilaron.

—Además, aviva la oscuridad, como un latido.

Antes de que a la joven se le ocurriera una respuesta ingeniosa, él la condujo por el pasillo central, donde se detuvo tras haber recorrido un cuarto de la distancia que los separaba del fondo y pasó el dedo índice por los desgastados lomos de unos libros. La joven, preocupada por no haber hablado desde hacía un buen rato, se estrujaba los sesos en busca de algún comentario interesante. Por fin preguntó:

—¿Trabaja usted en el mundo editorial? ¿Escribe?

—¿Yo? No, no. He escrito unas cuantas... cartas, nada más —respondió él, y sacó un libro grueso de un estante.

Al acercarse para verlo, ella percibió el calor que desprendía su gabán.

—¿Es ese su secreto? ¿No me lo va a presentar? —preguntó risueña.

—¡Tonto de mí! Elizabeth Rowley, le presento a *Los crímenes de Jack el Destripador*, publicado en 1891.

Ella contuvo una risita histérica.

—¡Oh, vaya! ¡Una novelucha morbosa! ¿No es esa del asesino de Whitechapel que hizo una carnicería con unas pobres mujeres en Londres hará unos siete años?

—Pobres en más de un sentido —precisó él, hojeando las páginas—. Vivían en las peores circunstancias, gorreando apenas lo necesario para comer. Jamás tocó a una mujer sana.

—Claro que no. No se hubiera atrevido.

Él se volvió para mirarla.

—No lo atraparon, así que es difícil saber a qué se hubiera atrevido, ¿no le parece?

—¿Y por qué le interesa tanto ese asesino horrendo?

—En realidad, mi interés se centra en este libro en particular. Es muy chapucero, está plagado de errores sobre los hechos acaecidos y en el aspecto gramatical haría sonrojarse a un escolar. Esa es la razón de que haya tan pocos ejemplares. Goza, sin embargo, del honor de ser el único libro sobre Jack el Descarado con... esto.

Lo sostuvo en su dirección, abierto por una lámina. Incluso a la luz distante del aplique se distinguía lo rudimentario de la escritura.

25 de septiembre de 1888

Querido Jefe:

No hacen más que decir que la policía me tié pillao y de eso na. Qué risa me da cuando van de listos y presumen de andar tras la pista. Con esa guasa del Mandil de Cuero es que me parto. Odio a las putas y las pienso seguir destripando hasta que reviente. Gran trabajo el último. Ni tiempo de chillar tuvo la dama. A ver si me pillan, a ver. Me gusta mi oficio y estoy deseando entrar en faena. Pronto sabrá de mí y de mis jueguitos. Hasta recogí un poco de la cosa roja propiamente dicha de mi último trabajo en una botella de cerveza pa escribible la presente, pero se puso tan gorda que no he podío usarla. La tinta roja pega, digo yo, ja, ja. A la siguiente le cortaré las orejas pa mandárselas a los polis pa que se partan. Guarde la presente hasta que yo trabaje algo más, después suéltela. Mi cuchillo es tan bonito y tan afilao que quiero empezar lo antes posible. Buena suerte.

Atentamente

Jack el Destripador

—Había leído algo sobre esa carta, pero no la había visto —dijo ella.

Él retiró el libro.

—Pocos de aquí la han visto. Esta es la única copia que puede conseguirse en Nueva York sin recurrir a Scotland Yard en Londres.

Con un gesto brusco, el hombre arrancó la página y se la guardó en el bolsillo.

—Ahora... ya no hay ninguna.

Ella abrió mucho los ojos. La destrucción era un atrevimiento, pero sus razones tendría. Mientras él dejaba el libro en su sitio, la joven trató de encontrar alguna:

—¿Es usted un representante de la ley, señor...?

—Depende de a qué ley se refiera usted. Yo sigo la mía propia.

Un destello le hizo girar la cabeza hacia un costado del hombre. Su mano sujetaba un cuchillo largo y afilado, oro y plata a la luz de gas. Elizabeth B. Rowley levantó la vista al tiempo que la mano derecha de él se alzaba para apretarle la garganta. Cualquier palabra que pudiera haber dicho, cualquier protesta que pudiera haber formulado quedó silenciada por aquella mano.

El desconocido levantó a la joven poco a poco, con una fuerza atroz, hasta que sus talones primero y las puntas de sus pies después dejaron de tocar el entarimado.

—Por favor, no perdamos el tiempo en formalidades —dijo él—, llámame Jack.

2

Estaba rodeado de sonidos perturbadores, pero se esforzó por reprimir el temblor de sus manos. Carver Young tenía que concentrarse. Tenía que hacerlo. Podía hacerlo. No era ningún crío con miedo a la oscuridad. Si acaso, era un amante de la oscuridad, pero los crujidos del ático desataban su imaginación. Viejas hojas de periódico flotaban como pájaros vacilantes, ropajes mohosos hacían frufrú como si estuvieran habitados por espíritus y, por si fuera poco, la cuchilla de carnicero clavada en el techo justo sobre su cabeza empezó a oscilar.

Era demasiado. Carver retrocedió entre los crujidos de las tablas del suelo.

«¡No! Como me oigan...».

Maldiciéndose entre dientes y andando de puntillas se colocó de nuevo bajo la hoja. No se iba a caer. Llevaba años en el mismo sitio. ¿Por qué se iba a caer en aquel preciso momento? Respiró hondo y examinó otra vez la cerradura. El ojo era pequeño, y los pernos que impedían el giro del cilindro, difíciles de alcanzar. Por supuesto, aquella era la primera cerradura del orfanato Ellis que se le resistía.

No era su primer delito, pero sí el único que podía cambiarle la vida. Allanar la cocina o arramblar con algún que otro suministro escolar era perdonable, ya que podía incluirse en lo que la señorita Petty, directora del orfanato, denominaba «indiscreción juvenil», pero esto lo llevaría de cabeza a la cárcel.

¡Finn y su banda se iban a partir de risa! Carver el Enclenque metido en las Tumbas, encerrado con asesinos y rateros, mientras Finn, el verdadero ladrón, seguía libre. ¿Pero no harían lo mismo Sherlock Holmes o Nick Neverseen? ¿Amoldar la ley a su gusto para encontrar la verdad?

La cuchilla crujió otra vez, como ansiosa por castigar a alguien. Hasta que Carver no la había visto con sus propios ojos creyó que era un cuento chino que los críos utilizaban para asustarse. La leyenda decía que Curly, el cocinero, había pillado a un muchacho sin nombre robando galletas y que, borracho como una cuba y loco como una cabra, había agarrado una cuchilla de carnicero y perseguido al chaval hasta el ático. Allí, cuando alzaba la cuchilla para asestar el golpe final, el pobre diablo se hincó de rodillas gimoteando y el cocinero se ablandó y lanzó el arma contra el techo.

Quizá la dejaron allí como advertencia, al modo de la calavera y las tibias cruzadas de un tesoro pirata. Aunque, en realidad, se parecía más a esa vieja leyenda griega de la Espada de Damocles. ¿Que cómo era? Pues Damocles envidiaba a un rey, así que el rey le sugirió que intercambiaran sus papeles. El «rey» Damocles se quedó encantado hasta que vio sobre su cabeza una espada pendiente de un hilo. Y entendió el mensaje: el precio del poder era el miedo.

¿Por eso le temblaban tanto las manos a Carver?

Tras esa puerta cerrada se encontraban los archivos confidenciales de todos los huérfanos del Ellis, los que se habían ido y los que, como él, llevaban allí más de una década. Carver no sabía nada de sus padres, ni sus nombres, ni qué aspecto tenían, ni dónde vivían, ni siquiera si estaban vivos o no. Young, su apellido, había sido un invento de la señorita Petty, porque a él lo dejaron allí siendo casi un bebé. No mucho después empezó a trastear con las cerraduras y a pensar en subir allí arriba y descubrir si había algo que la señorita Petty no le había dicho (siempre se resistía a hablarle de su pasado). La directora iba a estar fuera todo el día, así que ese era el momento adecuado para cumplir su misión.

O eso creía él. Tras una hora de intentos, la cerradura seguía sin rendirse a su colección de clavos doblados. O eran muy gruesos o no tenían la forma adecuada, y allí no disponía de nada para doblarlos por otro sitio.

Se apartó de la puerta y miró en torno por si encontraba alguna otra herramienta. La larga y ancha estancia, cementerio de recuerdos, estaba repleta de cajas amontonadas al buen tuntún, colgadores con ropa y baúles. Una chispa de color llamó su atención en la penumbra. Entre unos viejos y masticados cuadernos de caligrafía descansaba lo que en tiempos fue su juguete favorito: un viejo cowboy montado en su caballo de cuerda.

Había venido de Europa, procedente de una persona rica que lo había donado porque estaba viejo y roto. La señorita Petty se quedó encantada cuando Carver, que entonces contaba cinco años, se puso manos a la obra y lo arregló sin la menor ayuda. Él también le puso el nombre: *Cowboy Man*. Ahora, a los catorce años, volvió a admirar el jinete de hojalata. La llave giraba libremente. Se había vuelto a estropear, pero quizá pudiera ayudarlo por última vez.

Con su clavo más grueso, hizo palanca para quitar un costado del caballo. Aunque daba la impresión de que hubieran derramado leche en su interior hacía muchos años, las piezas seguían intactas. Habría podido hasta arreglarlo, pero no necesitaba un juguete. Arrancó el alambre que movía las patas del animal. Aun siendo suficientemente fino, estaba muy oxidado y era posible que se rompiera. No obstante, valía la pena probar.

Lo dobló cuidadosamente y, una vez que su forma le satisfizo, lo metió por el ojo de la cerradura y lo movió con calma. Algo hizo clic. El cilindro giró y la puerta osciló hacia dentro. ¡Conseguido!

Después de lanzar una risita triunfal a la cuchilla del techo, se metió en un cuarto lleno de archivadores grises. Estaba demasiado oscuro para leer las etiquetas, pero supuso que el cajón de abajo a la derecha contendría las letras X-Y-Z. Al abrirlo, el metal chirrió con fuerza. Carver no entendía

la ilegalidad del asunto, al fin y al cabo el único expediente que pensaba mirar era el suyo.

Los sacó todos y se dirigió hacia la luz tenue que se colaba por un ventanuco. Mientras hojeaba el extraño montón, una corriente de aire arrancó un trozo de papel de la última carpeta. Por miedo a tirar los expedientes si se agachaba a recogerlo, lo pisó y siguió mirándolos.

No había equis, pero sí unas cuantas uves dobles: Welles, Winfrey, Winters y allí al fondo, *Young, Carver*. Su expediente. Sin nada. Vacío salvo por una tarjeta de ingreso como las que había visto en el despacho de la directora, donde se indicaba el nombre del huérfano y las pertenencias que traía consigo. Los espacios para los nombres de los padres estaban en blanco. Ni siquiera mencionaban a la mujer que, según la señorita Petty, lo había llevado al orfanato.

Solo vio una anotación, con la letra pulcra de la directora, de 1889. Hablaba de una carta procedente de Inglaterra. ¿De sus padres? No lo decía.

Carver se miró el pie; el papel doblado seguía debajo. Dejó los archivos en el suelo y recogió el pequeño e imperfecto rectángulo. Era una carta. De papel grueso. La pluma la había manchado de tinta en varios lugares. Estaba escrita con mala letra, garrapatos casi.

18 de julio de 1889

No pienso dejarlo pero tengo que parar un poco, Jefe. Pero aquí no se acaba. Ni he reventao ni mi filoso cuchillo quié dejar su vistoso trabajo. Aunque esta vez la Sangre es mia y aun sale. Creí que ella había muerto demasiao aprisa pa nuestro retoño pero no. Ahora contará ocho años y dicen que ha sacao mi oreja en el hombro... me vendrá bien pa en-

contralo. Le gustará mi trabajo, apuesto a que sí, en cuanto le enseñe a jugar mis juegos. Pero eso tendrá que esperar. Procure no echarme en falta.

Atentamente

La leyó una y otra vez, soslayando las faltas de ortografía. A la cuarta, las piezas empezaron a encajar.

Creí que ella había muerto demasiado deprisa para nuestro retoño, pero no. Ahora contará ocho años.

Ha sacado mi oreja en el hombro...

El remitente creía que su hijo había muerto en el parto, junto a la madre. Carver tenía ocho años en 1889 y, en el hombro, una marca de nacimiento con forma de oreja. ¡El remitente era su padre!

Su padre había tratado de encontrarlo... ¿Y si seguía vivo? ¿Y si seguía por ahí fuera buscándolo?



Tras robar unas manzanas de la despensa, Carver se sentó en su muy pequeña cama del dormitorio de los chicos. Antes de la hora de acostarse la solitaria estancia estaba desierta, ya que los demás trabajaban o jugaban, haciendo de ella el lugar perfecto para disfrutar de su premio.

Estaba tan enfrascado en el estudio de la carta que casi no advirtió que la señorita Petty había aparecido en el umbral de la puerta. Apenas tuvo tiempo de guardarse la carta en el bolsillo antes de que ella curvara el dedo índice en su dirección y ordenara hoscamente:

—¡Ven conmigo!

¿Ya lo había descubierto? ¿Tan pronto? ¡Si había sido muy cuidadoso!

Siguió en silencio a la matriarca por las escaleras hasta llegar al estrecho vestíbulo que separaba el comedor de la cocina, donde se encontraba su despacho. Siempre había sido una mujer muy tiesa, pero no como en ese momento. Seguro que estaba furiosa. Era eso, fijo, esta vez había ido demasiado lejos.

Carver estaba a punto de disculparse, de explicarse, cuando vio que en el despacho de la directora había gente. Finn Walker y Delia Stephens ocupaban el banco de tamaño infantil y parecían terriblemente incómodos.

Al ver a Carver, Finn entrecerró los ojos y gruñó con su voz casi grave: